

NEGOCIAR LO LOCAL. LA «MAREA ROSA» EN AMÉRICA LATINA O ¿QUÉ QUEDA DE LA IZQUIERDA?

Mabel Moraña

A comienzos del siglo XXI nos estamos enfrentando en Latinoamérica a un escenario que hubiera sido considerado bastante improbable hace tan sólo una década: una serie de transformaciones políticas que han sido caracterizadas por los medios de comunicación, en algunos casos, como *la vuelta hacia la izquierda en América* o, en otros casos, de manera más cauta, como la «marea rosa» (en inglés, «pink tide») latinoamericana.¹ Esta expresión, utilizada por algunos críticos de las ciencias sociales para nombrar la ola de regímenes orientados hacia la izquierda por parte de reformistas sociales que han sido elegidos democráticamente en América Latina desde 2002, indica la naturaleza no sólo moderada sino también híbrida de algunos de los procesos políticos que están desarrollándose actualmente en la región. Estos procesos, que han sido vistos por algunos observadores políticos como el colapso del «Consenso de Washington»,² han reposicionado a Latinoamérica

1. Ver al respecto, por ejemplo, los reportes políticos sobre Latinoamérica elaborados por COHA, Council on Hemispheric Affairs, dirigido por Larry Birns, <<http://www.coha.org>>; el *Harvard International Review*, etc.

2. La expresión «Washington Consensus», acuñada en 1998 por John Williamson, se refiere a una serie de políticas económicas prescritas por Estados

en el paisaje político del hemisferio que, desde la Guerra Fría, había sido dominado por la guerra en contra de la droga y el terrorismo. En términos más concretos, y aunque no todos los regímenes de la «marea rosa» pueden ser calificados propiamente como populistas, según el *Harvard International Review*, es el populismo «lo que ha puesto a la región nuevamente en el juego diplomático a nivel global» (Buns; COHA, «Hemispheric Echoes»).³

Aunque la renovación del populismo ha sido atribuida a una variedad de factores políticos y económicos en los diferentes países, es obvio que los problemas económicos endémicos de Latinoamérica han sido un elemento clave en este giro político. A pesar de que en los últimos años ha habido signos de estabilización económica en la región,⁴ el World Resources Institute (WRI) informó que en Latinoamérica «hay 360 millones de personas viviendo en la base de la pirámide socioeconómica, o sea con un poder adquisitivo de 300 por mes o menos» (COHA, «Latin America's Process of Economic and Social Stabilization» 27 de septiembre, 2007).

Unidos (más concretamente, por instituciones situadas en Washington, tales como el IMF (International Monetary Fund), el World Bank y el US Treasury Department) para la recuperación de los países subdesarrollados en crisis. El término se usa usualmente de manera derogatoria, asociado a la implementación del neoliberalismo por parte de Estados Unidos, y al «fundamentalismo de mercado». El término prescribe, en una lista de diez recomendaciones, políticas fiscales, reformas tributarias, la expansión de la economía de mercado, particularmente la liberalización del intercambio en conjunto con la eliminación de restricciones cuantitativas y la limitación de la influencia y el poder del Estado, especialmente la privatización de las empresas estatales. También recomienda la apertura de las economías nacionales a inversiones extranjeras de gran escala, principalmente por medio de corporaciones transnacionales mediante, entre otras estrategias, la desregulación, es decir, la abolición de restricciones comerciales. Para muchos críticos, la implementación de estas recomendaciones abre la puerta a la explotación de mano de obra barata en países subdesarrollados cuyos productos serán a su vez exportados a países del Primer Mundo, los cuales revenderán estos bienes a un precio que enriquecerá a las corporaciones multinacionales sin ganancia para los productores. Sobre este tema ver, por ejemplo, Oxhorn y Ducatzenzeiler; Gwynne y Kay.

3. La traducción de citas de publicaciones en inglés es mía. MM

4. De acuerdo al reporte de COHA, «in 2006 the economy of Latin America and the Caribbean reported growth performance at the highest rate since the 1970s. The present acceleration began in 2004 with a GDP increase of 5.9 percent». COHA, «Latin America's Process of Economic and Social Stabilization».

Asimismo, «la disparidad de ingresos es todavía uno de los más serios problemas en América Latina, particularmente cuando se atiende al hecho de que mientras los más ricos reciben el 60% del ingreso total, los más pobres, el 20% de la población, sólo obtienen un 3%.» (Ídem). En otras palabras, el crecimiento económico y la estabilidad no han tenido siempre como resultado la equidad o justicia social, particularmente en lo que se refiere a la distribución de la riqueza, el mejoramiento de servicios sociales y programas, o los avances en el área de los derechos humanos, para referirnos sólo a algunas de las problemáticas más urgentes en la región. Otro factor que ha jugado un papel importante en las políticas recientes de Latinoamérica ha sido la rearticulación de la hegemonía de los EE. UU. en el escenario global, como lo prueba la guerra en Irak, así como la notoria pérdida de popularidad de Estados Unidos en América Latina debido a las imposiciones financieras, a las políticas de inmigración y a las estrategias implementadas por ese país en temas como la seguridad de las fronteras, el terrorismo internacional y el control sobre las drogas.

De todos modos, es innegable que como resultado de estas determinantes globales y locales, los gobiernos de la «marea rosa» se han esparcido en varios países en los últimos cinco años, nutriéndose ocasionalmente unos a otros con recursos materiales o ideológicamente, demostrando así la posibilidad concreta y real de llevar a cabo acciones coordinadas en el Sur que puedan contrabalancear, al menos en algún grado, la hegemonía de EE. UU. Los movimientos de «marea rosa» han sido definidos como el medio en que Latinoamérica puede escapar «del control de Washington, mientras la región avanza hacia la globalización, no sólo en cuestiones comerciales sino ideológicamente» (COHA «Off course»). Sin embargo, es evidente que cada uno de los contextos políticos que se asocian, muy vagamente a veces, con la experiencia de la «marea rosa», presenta especificidades y agendas que no pueden ser subsumidas bajo un plan único de acción social, político o económico.

En el Cono Sur el escenario político al que nos referimos es el que sigue a la recuperación social y política de aquellos países que fueron desmantelados por dictaduras durante los años setenta y parte de los ochenta. Los regímenes autoritarios destruyeron en la región lo que quedaba del Estado de bienestar social. Colapsaron las instituciones culturales, las estructuras económicas y los partidos políticos, todo

bajo la implementación transnacional de las fuerzas militares. Esto dejó a las sociedades a la sombra de un Estado debilitado, dominado por la deuda externa y por las estrategias y medidas depredadoras del neoliberalismo. En estas circunstancias, la izquierda, o lo que quedó de ella, se ha transformado para muchos en el aparato más propicio para capitalizar el desencanto colectivo y para ofrecer por lo menos la ilusión de una alternativa política, no exenta por completo de ecos utópicos. El retorno de «la izquierda» demuestra, al menos —e incluso para los observadores más escépticos—, la habilidad de ésta para reestructurarse internamente, para recuperarse socialmente y para ajustarse ideológicamente a los desafíos políticos y económicos de una nueva era.

De todos modos, debemos empezar por aceptar dos hechos: en primer lugar, y como se ha dicho anteriormente, que los distintos regímenes políticos actualmente en el poder en Latinoamérica no pueden ser considerados todos bajo un mismo sello, debido a las diversas características ideológicas y a la base social específica que cada uno de estos movimientos políticos moviliza e incorpora. En segundo lugar, pienso que incluso en aquellos casos en los que todavía podemos hablar de movimientos *de izquierda*, deberíamos aceptar el hecho de que esta denominación se aplica hoy en día a experiencias políticas que tienen muy poco que ver con lo que solíamos identificar bajo ese rótulo hasta hace algunas décadas.

La izquierda de hoy en día, obviamente marcada por el impacto ideológico de luchas pasadas e innegables derrotas, ha sido afectada también por la desaparición de lo que solíamos llamar «socialismo real» en Europa del Este, y por la consolidación del neoliberalismo y de la globalización a nivel planetario, bajo la renovada hegemonía de los Estados Unidos. Al mismo tiempo, los procesos de institucionalización que la izquierda ha atravesado para lograr la conquista del poder de manera democrática, también han contribuido a la domesticación de su *ethos*. Sin lugar a dudas, las experiencias políticas actuales en Venezuela, Bolivia, Brasil, Chile, Argentina y Uruguay difieren notoriamente de los paradigmas establecidos por los movimientos de liberación nacional que siguieron a la Revolución cubana en los años sesenta y setenta. Hay muy pocos elementos ideológicos y administrativos de los regímenes que son llamados, hoy en día, movimientos de izquierda —o de centro-izquierda— que efectivamente evoquen el contenido «duro» que se solía adjudicar a *la izquierda* en el siglo xx.

La conquista del poder, tanto en el caso de Uruguay con Tabaré Vázquez (que dio término a un período de 170 años controlado por partidos tradicionales) como en el caso de la coalición en Chile («la Concertación») con Michelle Bachelet, fue el resultado de alianzas programáticas basadas en compromisos ideológicos y políticos, así como también el producto de un largo proceso de acumulación de credibilidad política por parte de los sectores más progresistas en las últimas dos décadas. En Argentina, las maniobras para lograr la recuperación económica y la reconexión de la sociedad civil han sido implementadas desde una plataforma que articula, en proporciones variables, cierto grado de populismo y de neoliberalismo. En Brasil llega al poder el partido de izquierda más grande de Latinoamérica y probablemente del mundo, el cual inicia, inmediatamente después de su triunfo electoral, lo que ha sido caracterizado como su «descenso melancólico». Ninguno de estos escenarios puede ser asimilado a las experiencias políticas más radicales representadas por el chavismo venezolano, por la elección de Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador, o por la vuelta de Daniel Ortega al escenario político nicaragüense. Ollanta Humala, en Perú, y Andrés Manuel López Obrador, en México, constituyeron otras potenciales variables, que fueron abortadas, al modelo de la «marea rosa» al cual nos hemos referido hasta ahora.⁵

Es evidente, entonces, que las diferencias substanciales entre las experiencias políticas mencionadas anteriormente no pueden ser descartadas. La mayoría de los regímenes que ocupan actualmente puestos gubernamentales en los países latinoamericanos son caracterizados por una serie de *rasgos comunes* que pueden ser fácilmente asociados con el resurgimiento del populismo en la región, un tema que sobre el que volveré más adelante. Desde una perspectiva comparada, es evidente que si bien estos regímenes articulan en cada caso, bases sociales diferentes (poblaciones de campesinos indígenas en Bolivia, clase media urbana en Uruguay y Argentina, etc.), ellos coinciden de todos modos en una serie de aspectos:

— Implementación de lo que algunos analistas han llamado una *democracia directa* (en oposición a una *democracia representativa*), con el fin de acercar a la política aquella parte de la ciudadanía que había

5. Para una revisión de los cambios en el escenario político latinoamericano de las últimas décadas, ver, por ejemplo, Ballve y Prashad.

sido marginada de la vida pública y del debate ideológico por la política tradicional, a lo largo varias décadas. La democracia directa es concebida como un incentivo a una «participación de mayor alcance» en la vida política por parte de vastos sectores de la sociedad, algo que requiere, en algunos casos, de una transformación de las instituciones políticas, de un reajuste de las estrategias ideológicas de interpelación popular, de nuevas relaciones entre poderes políticos y los medios de comunicación o de un cambio en las relaciones diplomáticas, etc.

— En segundo lugar, estos regímenes también coinciden en su posición desfavorable con respecto a aquellas políticas no restringidas de libre mercado que abren las puertas a la hegemonía norteamericana en la región y que «tienden a rechazar una modernización total». En cambio, esos regímenes sí están a favor de economías mixtas que puedan fortalecer lo que ha sido llamado «el Sur global» (en oposición a los poderes del Norte). Cfr. Larry Birns.

— En tercer lugar, algunos de estos regímenes han favorecido el aumento en el sector público (mediante la creación de más trabajos en instituciones gubernamentales, organizaciones comunitarias, etc.) como modo de regular la economía nacional.

— Por último, han sido consistentes en el tema de la reducción de la deuda (el caso más ejemplar es Kirchner en su rechazo a las imposiciones del Fondo Monetario Internacional. Estas políticas, profundamente enraizadas en los fracasos u omisiones del pasado, explicarían, al menos en parte, la adopción de nuevas políticas que defienden ferozmente el desarrollo nacional y el proteccionismo. Como ha indicado un observador político, «el nacionalismo económico frecuentemente deriva de la frustración endémica». [COHA, «Off course».]

Evidentemente, muchas de estas políticas han sido definidas en clara oposición a los modelos neoliberales que recomiendan, entre otras cosas, políticas de privatización de servicios públicos, disminución del gasto gubernamental y desregulación del sector financiero.

Lo que sigue es, entonces, un breve resumen de una serie de hechos que podrían contribuir a ilustrar no sólo la transformación de los paradigmas políticos a los que he hecho alusión anteriormente, sino también el impacto que estos cambios tienen en los imaginarios colectivos en la región.

Si comparamos en términos generales las experiencias políticas actuales con aquellas de los años setenta, ochenta y parte de los noventa, algunas de las variaciones políticas más obvias son:

— La sustitución de la lucha armada por medios institucionales (electorales) para llegar al poder.

— La sustitución del discurso de la lucha de clases por la retórica de la justicia social.

— Aunque la oposición a la privatización es considerable, en algunos casos se observa la adopción de actitudes conciliatorias hacia la economía de mercado y una aceptación general de las condiciones necesarias para la integración económica, tanto regional como global.

— La revitalización del principio de soberanía nacional y el intento, en este mismo contexto, por fortalecer el rol del Estado como un agente de transformación social. Es también notoria la oposición cauta y selectiva hacia las corporaciones transnacionales y hacia las políticas nacionales destinadas a proteger la inversión extranjera.

— La adherencia a los principios de no-intervención y de solidaridad regional.

— Como resultado de estas posiciones, la profundización de los antagonismos entre Norte y Sur en términos que podrían generar, según algunos, una ofensiva ideológica por parte de los Unidos, similar a la que fue utilizada por este país durante la Guerra Fría.

— Un reforzamiento de la atención a los problemas de *desigualdad* social en sustitución a la consideración multiculturalista (liberal) de la *diferencia* cultural.

— Un énfasis —por lo menos retórico— en la *ética* como elemento fundamental —e incluso fundacional— de lo político.

— Una atención a la *estructura de sentimientos* —para usar la expresión de Raymond Williams—, que está en la base de la experiencia social y que moviliza los imaginarios colectivos.

— Un reemplazo —excepto en el caso de Venezuela— de las *narrativas épicas* características de las últimas tres décadas del siglo XX por posiciones discursivas en las que *lo político* se articula en las nociones de mito (el *mito bolivariano*, por ejemplo), deseo, pasión, afectividad, tradición, etc., como un modo de reconocer que la transformación social implica necesariamente la reconfiguración de las subjetividades colectivas.

Otro elemento que considero interesante y significativo en las experiencias políticas de lo que podríamos llamar la «izquierda institucionalizada» en Latinoamérica, es el hecho de que estas experiencias no pueden ser entendidas *sino como la contraparte de los movimientos sociales* que existen fuera de los límites de la política tradicional, aunque en algunos casos hayan comenzado a formar parte del aparato de administración estatal. En las últimas décadas, los movimientos por los derechos humanos en el Cono Sur, los *Sem Terra* en Brasil, los zapatistas en Chiapas, los cocaleros y las múltiples movilizaciones indígenas en los Andes, han creado nuevas condiciones para la reconfiguración de *lo político*. La experiencia y los efectos de estos movimientos han alterado substancialmente el protocolo tradicional entre los sectores populares y las instituciones del Estado. Si en algún momento la cuestión fundamental era si los movimientos sociales serían capaces de traducir acciones defensivas en estrategias ofensivas, de transformar demandas sociales en programas políticos, y en si las múltiples agendas de diferentes sectores sociales podían ser articuladas de un modo orgánico y racional, las experiencias políticas recientes en Latinoamérica parecen dar una respuesta positiva a estas interrogantes.⁶ Sin embargo, si nos preguntamos *¿qué es lo que queda de Izquierda en la izquierda?* y comparamos los escenarios presentes con paradigmas previos, quizás sería también útil reflexionar sobre los términos en los que el populismo ha sido renovado en la región en relación a experiencias previas similares en Latinoamérica.⁷ Aunque

6. En 2003, James Petras expresó esta idea en los siguientes términos: «The major questions facing the social movements in how to translate their defensive action into an offensive strategy, how to convert their social demands into a political program, how to unify the social movements into a political instrument. The mass social movements have been the most effective vehicle for expressing popular discontent and realizing reforms -in great contrast to the ineffective and opportunist «left» electoral parties. However, the social movements have not created their own political instruments—with the notable exception of the Bolivian *cocaleros*— MAS (Movement to Socialism). [...] The social movements face a contradiction between mass independent direct action and links to bourgeois electoral parties. This contradiction can be resolved not by turning away from politics but by building a mass political instrument controlled and directed by and subordinated to the social movements». (3)

7. Una de las primeras tareas sería, evidentemente, definir populismo. Adoptaremos aquí una definición muy general y no problematizada: un régimen que trabaja en contra de la elite y por *el pueblo* (trabajadores, sectores marginalizados, desempleados,

los críticos difieran en clasificar algunos de los regímenes políticos imperantes como *populistas*, varios concuerdan en el hecho de que, incluso considerando las diferencias políticas e ideológicas, muchos de los nuevos regímenes se parecen mucho, e incluso evocan a veces explícitamente, ciertas prácticas pasadas en las que la interpelación populista y la política popular tenían un papel central. Para algunos, mientras Hugo Chávez puede ser obviamente calificado como líder populista, el caso de Evo Morales no es tan evidente. El líder boliviano ha sido identificado como una variación divergente del populismo clásico, como un caso único y ejemplar de «*etno-populismo*» en el que la fusión entre los movimientos sociales y la política nacional se da de manera excepcional. Para muchos observadores que han llevado a cabo un análisis comparativo de los regímenes populistas, el origen político de Morales como líder de un movimiento de trabajadores formado por indígenas cocaleros que se oponía directamente a la ideología y el interés de la elite, tiene una importancia fundamental. En cambio, los regímenes democráticos de centro izquierda en Uruguay, Argentina y Chile tradicionalmente más vinculados a la política partidista, exhiben un perfil político más moderado que los casos de Venezuela y Bolivia mencionados anteriormente. Sin embargo —limitando nuestra reflexión sobre el populismo al caso más claro, el *chavismo*—, una de las diferencias más prominentes que los analistas han indicado entre el *chavismo* y los movimientos populistas previos —tales como el de Cárdenas en México, Vargas en Brasil, Perón en Argentina, Haya de la Torre en Perú, e incluso la Acción Democrática (Carlos Andrés Pérez en Venezuela)— es la poca importancia conferida por regímenes actuales a las organizaciones de trabajadores (sindicatos, centrales

etc.) con un líder carismático que muchas veces ejercita un «estilo personalista de gobierno». (Levitsky, por ejemplo, considera el populismo «a phenomenon in which you get considerable mass mobilization from above, usually by a single fairly charismatic leader that mobilizes people against an entire established elite»). Los regímenes populistas favorecen generalmente la nacionalización de las industrias o de los servicios (por ejemplo, en 2006 Evo Morales anunció la nacionalización del gas natural), la redistribución de la riqueza (incluyendo la tierra), la implementación de impuestos para sueldos elevados, etc. En algunos casos *el pueblo* puede incluir, como fue el caso en el gobierno de Getulio Vargas, las clases medias urbanas. En el caso de Argentina, las clases medias y las clases trabajadoras fueron los actores principales durante el *peronismo*. (Gruben)

obreras, etc.), un componente social de las coaliciones populistas que se ve hoy en día mucho más debilitado que en los años cuarenta y cincuenta. Según Steven Levitzky, la base social del populismo «es ahora mucho más heterogénea, fragmentada, a menudo constituida por el sector informal, una mezcla de desempleados, gente que vende mercancías en las calles, etc.».⁸

Ahora bien, desde una *perspectiva cultural*, se podría decir que han aparecido transformaciones importantes en el horizonte de los *imaginarios colectivos latinoamericanos*:

1— En primer lugar, creo que como resultado de la transformación del escenario político y social, nos vemos enfrentados a una nueva conceptualización de las *subjetividades nacionales y populares*, esto es, de las expectativas y *habitus* de los agentes sociales. En otras palabras, las conexiones entre *lo social, lo ideológico y lo cultural* (en oposición a las conexiones tradicionales entre sociedad, política, ideología y cultura) parecen interrelacionarse de un modo innovador en la constitución de subjetividades colectivas que interactúan dentro del marco de lo que podríamos llamar —utilizando una expresión *moderna*— la *cultura nacional*. La referencia a *lo social, lo político, lo ideológico y lo cultural* apunta más bien a las movilizaciones que atraviesan el ámbito colectivo sin estar todavía institucionalizadas, movilizaciones en las que los agentes, las agendas y las articulaciones entre los sectores sociales pueden ser caracterizadas como impulsos fluctuantes, espontáneos y discontinuos que actúan *desde abajo*.⁹ Es interesante ver cómo los procesos que han conducido a los cambios que ocurren actualmente en Latinoamérica en el nivel político y social han sido representados y a veces anunciados a través de los medios simbólicos de representación estética.¹⁰

8 Para ver una crítica al populismo más reciente, entendido como 'cultura política' más que como 'cristalización de un proceso ideológico', ver Bartra. Ver asimismo las opiniones del sociólogo francés Alain Tourraine sobre Chávez, en la entrevista de Miguel Ángel Cárdenas publicada en el periódico peruano *El Comercio* el 2 de mayo de 2008. Agradezco a Ignacio Sánchez-Prado y Sergio R. Franco, respectivamente, estas referencias.

9. A este respecto ver, por ejemplo, Arditi.

10. Para dar solo algunos ejemplos, la desaparición gradual de la literatura testimonial en la que la voz de las víctimas era preeminente durante los años setenta, ochenta y parte de los noventa, y la continuidad y la revitalización de la crónica urbana en las que personajes anónimos se mueven en los paisajes de las modernidades periféricas y dependientes de Latinoamérica. Sin embargo, no es la mirada moderna del *flâneur* la

2.— En segundo lugar, se podría decir que tres de los paradigmas indudablemente *modernos: nación, Estado e identidad nacional*, los cuales han sido considerados —al menos por algunos críticos— prácticamente obsoletos en escenarios posmodernos, parecen estar siendo renovados bajo la activación de los *particularismos étnicos o ideológicos* que tienen un impacto directo en la política local. Es innegable, por ejemplo, que incluso aquellos movimientos sociales que constituyen un desafío enorme para las políticas del Estado han reclamado consistentemente, en diferentes contextos, su naturaleza «nacional»: por ejemplo, las movilizaciones zapatistas con la agenda de ganar participación política a nivel estatal. En el mismo sentido están los programas ideológicos de algunos movimientos sociales beligerantes tales como los cocaleros, las Madres de Plaza de Mayo, Sem Terra y movimientos indígenas en el área andina, los cuales se caracterizan por articulaciones similares en relación a las instituciones nacionales y a los discursos generales sobre el nacionalismo. Sin embargo, es interesante notar que *simultáneamente*, las *fuerzas centrífugas* que afectan a las configuraciones nacionales hoy en día no pueden ser ignoradas, y deberían ser consideradas uno de los problemas más importantes a ser analizados por las ciencias sociales. El tremendo impacto de la inmigración, de los exiliados políticos, de las diásporas económicas y sexuales, y en términos generales la naturaleza nomádica de nuestro mundo contemporáneo, causa una movilización y reubicación constante de individuos, ideas y proyectos donde *lo nacional* es constantemente re-significado y donde muchas veces esta noción adquiere un sentido particularmente relativo, fluctuante, tanto cultural como ideológicamente. Los efectos de esta *disemi-Nación* —para usar aquí la expresión de Homi Bhabha— atraviesa e impacta de diversas maneras las *narrativas nacionales*, afectando así las subjetividades y las interacciones sociales de múltiples maneras.

que recupera la armonía de la ciudad, sino una perspectiva más irónica y escéptica como la que ilumina las obras de Monsiváis, Lemebel, Paolo Lihns y otros, en el tema de la violencia, representando también las subculturas que articulan, de modos paradójicos y a veces perversos, el consumo, el crimen y la marginalización (como puede verse en la narrativa de Jorge Franco). En otros casos, las circunstancias locales se conectan de manera intrincada con agendas sociales transnacionalizadas, como en el retrato de la sociedad colombiana de Fernando Vallejo, donde el narcotráfico, la homosexualidad y la corrupción crean una exposición saturada de las contradicciones y límites de la modernidad.

Mucho ha sido dicho y escrito con respecto a la problemática de la *identidad* versus la *diferencia*, particularmente cuando se hace referencia a la diversidad nacional. Como el concepto de identidad cultural/colectiva es fundamental para la elaboración de narrativas nacionales y para la transformación de culturas políticas, podría ser útil recordar aquí el planteamiento de Boaventura de Souza Santos al respecto. Según el sociólogo portugués

Vivimos en un mundo en el cual queremos ser simultáneamente iguales y diferentes (...) No queremos un universalismo falso que destruiría todas las diferencias y que impondría una cultura blanca, masculina y occidental como modelo cultural. Tenemos el derecho a ser iguales cuando la diferencia nos ubica en una posición inferior, y el derecho a ser diferentes cuando la semejanza nos descaracteriza.

Esta afirmación me parece una buena negociación entre la noción de *identidad* (muchas veces contaminada con un esencialismo retrógrado) y la manipulación liberal de la noción de *diferencia cultural*, frecuentemente usada como punto de partida para elaborar una concepción de «cultura» pluralista y desideologizada. La emergencia de nuevas subjetividades nacionales-populares se relaciona estrechamente al modo en que las nociones básicas de identidad y diferencia son entendidas y utilizadas en diferentes contextos políticos, y con el valor ideológico asignado a estas nociones en cada caso particular, tomando en cuenta posiciones de poder, conexiones entre los individuos y las instituciones, relaciones entre raza/clase/género, etc. Muchos factores apuntan a las posibilidades y a la necesidad de desarrollar subjetividades populares más allá de las fronteras nacionales, de los límites de clase y de la diferencia de género, al menos en la definición de agendas políticas contingentes que puedan expandirse más allá de los límites nacionales reforzando, al mismo tiempo, los particularismos locales y las especificidades culturales como modo de establecer un diálogo igualitario en el contexto de la globalidad. Según Souza Santos, «la sociedad civil transnacional está todavía en vías de construcción, pero cada globalización es la extensión de un localismo y la imposición de esa influencia en un espacio transnacional/transcultural».

3 — En conexión con lo anterior, quiero mencionar la importancia de nuevas formas de *internacionalismo* en América Latina. (Podríamos

pensar, por ejemplo, en Evo Morales como la punta del iceberg de movimientos indígenas que han estado siempre activos en la región andina, en Hugo Chávez como el líder de formas transnacionales de activación populista que claramente sobrepasan los límites de la política nacional de Venezuela, y considerar, asimismo, los escenarios actuales del Cono Sur no sólo en términos de política nacional sino como resultado de la articulación regional en torno al Merco Sur, etc.). Al mismo tiempo, es evidente que problemas como el tráfico de drogas en la región andina o mexicana, o el quiebre político y económico en el Río de la Plata son impensables si no somos capaces de ir más allá de los parámetros impuestos por *lo nacional*, aun cuando las luchas diarias y el sufrimiento derivado de estos problemas sean indudablemente experiencias localizadas.

Algún tiempo atrás, Eric Hobsbawm señaló que, en su opinión, la historia mundial

No puede ya ser contenida dentro de los límites de la nación o la nación-Estado, tal como éstas eran definidas política, cultural, económica o aún lingüísticamente. [La historia mundial] verá a la «nación estado» y a las «naciones» o a los grupos etno-lingüísticos, primariamente dando un paso atrás, resistiendo y adaptándose, siendo absorbidos o desarticulados por la nueva estructura supra-nacional del mundo. Las naciones y los nacionalismos estarán presentes, pero jugarán un papel subordinado y frecuentemente menor en esta historia. (182)

En Latinoamérica, la conexión entre las dinámicas nacionales y transnacionales implica un continuo equilibrio que tiene que ver, en gran medida, con la condición postcolonial de las sociedades latinoamericanas. En muchos casos, una perspectiva inter-nacional o transnacional es indispensable para la comprensión de fenómenos sociales particulares. Por ejemplo, los movimientos de liberación nacional, las dictaduras y los movimientos de resistencia popular que se opusieron a éstas durante décadas, o la misma política del neoliberalismo, nos han enseñado ya desde hace tiempo la importancia de prestar atención a dinámicas que exceden los límites del Estado-nación. Por este motivo, algunos analistas sociales abogan por nuevas formas de análisis regional; en algunos casos se refieren al *continentalismo* como una instancia que nos permitiría enfocarnos en una categoría mediadora de análisis,

entre lo local y lo internacional, o como una forma, según otros, de *post-nacionalismo* que permitiría alcanzar, en un estudio de lo nacional, comunidades dispersas y expatriadas, movimientos transnacionales y agendas transculturales, sociales y políticas.

En este contexto, *lo nacional* debería ser repensado en dos direcciones que se oponen sólo en apariencia: en primer lugar, lo nacional es la plataforma inevitable de movilizaciones populares y procesos de reagrupación social y reorganización política. En segundo lugar, lo nacional es la base de una proyección política que va de lo local a lo regional, y de allí a lo nacional y a lo transnacional. Así, en articulación con la significación indudable del nivel nacional, el internacionalismo constituye hoy en día un rasgo político también ineludible, que debería ser, en mi opinión, re-analizado y re-teorizado.

Hugo Chávez y otros han dicho al respecto que ha llegado el momento de un nuevo tipo de *regionalismo sin USA* y sin ninguna vinculación «Occidental» (de hecho, algunos críticos hablan de la emergencia de un «Hemisferio occidental sin Occidente»). Hacia esta dirección apunta la propuesta de Chávez de establecer el Banco del Sur, como una nueva institución que se opondría a y competiría en contra de las políticas del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, y ha convencido incluso a Uribe (Colombia) a unirse al grupo de los países fundadores (Brasil, Bolivia, Ecuador, Uruguay). Este hecho ha inspirado comentarios como el siguiente:

Es importante notar que América Latina es quizá una de las regiones más cohesionadas del mundo. Muchos de los países están unidos por una lengua, una cultura, una geografía, una religión y una historia semejante, que puede permitir una cooperación excepcional. Comparada con otras regiones del mundo, las instancias de guerras interestatales han sido en América Latina relativamente pocas, mientras que el número de tratados comerciales y acuerdos locales es muy alto. Estas estadísticas reflejan acuerdos especiales como los del Grupo de Río, Mercosur, ALBA (Alternativa Bolivariana para América Latina), CARICOM, CAN (Comunidad Andina de Naciones), etc... El regionalismo ha demostrado que es un paso intermedio importante en el camino hacia el internacionalismo. (Barlett: s. p.)

4 — Otro concepto que está en proceso de transformación es el de *Estado*. El Estado liberal, como el lugar desde el cual supuestamente emerge el «poder institucional», es el espacio al cual se dirigen las demandas populares y, en este sentido, constituye la *frontera interna* contra la cual los agentes populares definen su acción política. Pero en los nuevos escenarios (en aquellos dominados por posiciones de izquierda o populistas), parecen estar en proceso de elaboración nuevas concepciones del Estado, ya que el Estado debe desplazar *la negatividad* hacia un lugar antagónico situado afuera de sí mismo.¹¹ Sin embargo, el Estado no puede seguir siendo considerado como aquel *significante vacío* o *flotante* comúnmente asociado con la cancelación de la política tradicional.¹² Por el contrario, hay que reemplazar esta percepción por una en la que el Estado sea percibido como el espacio para la negociación y la gestión, lo que significa que el Estado debe ser el objetivo de *nuevas estrategias de reconocimiento social*. En otras palabras, el estado debe ser re-inscrito en un nuevo horizonte de *representatividad legítima* como la nueva imagen del fortalecimiento popular.

5 — El concepto de *nación* también debe ser re-conceptualizado en conexión a los cambios en el concepto de *Estado*, para significar no sólo

11. A este respecto, ver Laclau *On Populism* y Mouffe *The Return of the Political*. En sus últimos estudios sobre el populismo, Ernesto Laclau insiste en el hecho de que toda identidad social es construida políticamente como un intento de articular la voluntad política y el espacio comunitario. Para Laclau, la subjetividad popular no puede emerger sin la creación de una frontera interna que sirva como el límite de absorción del sistema democrático que dicotomiza el espacio social, y que sirva para la identificación de la fuente de la negatividad social, la cual, al saturar la satisfacción de las demandas, causa la transformación de estas demandas en reivindicaciones sociales.

12. Laclau indica la diferencia entre un significante «vacío» y uno «flotante», aunque reconoce que sus significados y sus manifestaciones prácticas a menudo se superponen: «[...] the categories of empty and floating signifiers are structurally different. The first concerns the construction of a popular identity once the presence of a stable frontier is taken for granted; the second tries conceptually to apprehend the logic of the displacements of that frontier. In practice, however, the distance between the two is not great. Both are hegemonic operations and, most importantly, the referents largely overlap». (133) Laclau se refiere a «significantes flotantes» para hablar de «signifiers whose meaning is 'suspended'» (132) porque éstos han sido articulados con un vínculo político/ideológico diferente a aquel tradicionalmente asociado con éstos. De todas formas, uso esta expresión aquí de manera laxa, para referirme a una estructura/institución que está en proceso de resignificación, mientras sigue funcionando con sus roles/significados asignados tanto en el nivel político como ideológico.

un espacio político y administrativo bien definido, sino también una unidad soberana y bien conectada en relación tanto a los procesos de mundialización como a los de integración regional. En otras palabras, los estados nacionales no son sólo un lugar de interpelación política e ideológica, sino también una *función* o una *plataforma* que sirve para la construcción y la administración de identidades nacionales destinadas a representar a los agentes sociales en momentos de cambio político e ideológico. En este sentido, *las identidades nacionales* pueden desarrollar formas de agencia colectiva ideadas para trascender tanto en proyectos como en acciones los límites imaginados del Estado-nación.

6 — En cuanto al concepto de *identidad social*, algunos críticos han detectado un reemplazo de la idea de *sujeto democrático* (aquel concebido como sujeto *diferencial* que es agente de demandas concretas y particularistas), a la idea de *sujeto popular*: un sujeto construido por agregación a partir de las demandas que no han sido absorbidas o respondidas por el sistema democrático y que permiten la creación de frentes pluralistas y heterogéneos capaces de actuar de manera unificada por lo menos en algunas de las instancias de las luchas sociales.

Habría que reflexionar sobre si estos cambios conducen hacia un concepto homogeneizador de cultura nacional (uno *populista*, en el que la cultura nacional se equipara con «el pueblo»), o más bien hacia la emergencia de nuevas fragmentaciones (elite *versus* sectores populares, o elite *versus* clase trabajadora, o «cultura criolla» *versus* culturas indígenas, etc.), retornando entonces a los procesos de cambio social.

7 — Para resumir algunos de los problemas a los que me he referido en estas notas, se podría decir que los cambios actuales en la política latinoamericana nos llaman a reflexionar sobre las relaciones entre *localismo* y *totalidad* para así poder analizar las articulaciones que conectan la *sociedad civil* y *sociedad política*, espacios regionales a espacios globales, así como los escenarios nacionales, internacionales y transnacionales entre sí. *Lo local* no debe ser pensado, siguiendo esta línea, ni como la réplica ingenua de escenarios globales, ni como un sitio de contingencias fundamentalistas, ni como una reserva pasiva y subalterna controlada por la oposición. Lo local debe ser pensado, en mi opinión, como un espacio específico —diferenciado y diferenciador— donde se retienen los particularismos y donde el conflicto no es ni negado ni eliminado desde arriba, sino elaborado de una manera creativa, igualitaria y productiva.

8 — Al mismo tiempo, algunos de los modelos de la cultura política de América Latina que estuvieron presentes en la segunda mitad del siglo xx, como por ejemplo el modelo de heroísmo intelectual y político, comienzan a reaparecer. Sería interesante ver si la macropolítica del Estado va de hecho a reemplazar a las micropolíticas de los sectores marginales que para muchos constituye hasta ahora una de las características de la política posmoderna.

9 — Sería interesante ver también cómo se modificarán a nivel cultural las estrategias representacionales e incluso la función de los intelectuales en conexión con las agendas populistas o los programas políticos de izquierda. En otras palabras, habrá que ver cómo pueden avanzar determinadas posiciones progresistas en un escenario político dominado tanto por agendas locales como por los impulsos de la globalización y las imposiciones del neoliberalismo.

Creo que mientras que la cuestión de lo nacional es un elemento fundamental para el estudio y la interpretación de la política y la cultura latinoamericanas, es evidente que ninguno de los conceptos asociados a ésta (cultura nacional, identidad nacional y territorialidad, entre otros), pueden ser retenidos hoy en día solamente como mera perpetuación de categorías *modernas*. Es por este motivo que me refiero a la *negociación de lo local*, como un modo de enfocar las posibles articulaciones entre sujetos situados y dinámicas transnacionalizadas, entre demandas particulares y proposiciones de amplio alcance, entre condiciones contingentes de existencia colectiva y proyectos más amplios de organización social, económica y política. En mi opinión, en Latinoamérica, además y más allá de un análisis sobre *lo nacional* desde nuevas perspectivas políticas y teóricas, es necesario pensar en términos regionales para poder elaborar así, desde esta posición, una categoría que pueda interrogar y desafiar las grandes narrativas universalistas, de las cuales la última es la de la globalización o *mundialización*. Así, *negociar lo local* implica, desde esta perspectiva, la articulación de las narrativas nacionales a un nivel transnacional, y la configuración de agendas locales diseñadas para desafiar y domesticar diseños globales.

Me gustaría concluir estas reflexiones sobre la escena política latinoamericana actual con algunas consideraciones sobre la globalización, y el modo en el que esta fuerza planetaria se conecta con algunos de los temas a los que me he referido hasta ahora. Como es bien sabido,

para muchos críticos, la gran narrativa de la globalización presenta muchos de los aspectos triunfalistas que han caracterizado la ideología de la modernidad desde el siglo XIX. Desde esta perspectiva, la globalización podría ser entendida como una *modernidad modernizada* y actualizada, o como una innovadora denominación creada para designar nuevos grados y estilos de modernización. Desde algunos de esos puntos de vista, la globalización habría tenido sus orígenes y su centro diseminador en los Estados Unidos, el núcleo de un *nuevo occidentalismo*, por cuanto esta nación (¿esta civilización?) heredó la misión civilizadora asignada a Europa desde 1492. Así, si el objetivo de Europa era modernizar el hemisferio occidental, el propósito principal de los Estados Unidos es globalizar el mundo. A pesar de que el objetivo de este país es el de establecer una hegemonía política y económica a nivel planetario, tal proyecto no se basa, como en el caso de la modernización, en pretensiones universalistas. La globalización no es, entonces, sólo la nueva *gran narrativa* de los tiempos posmodernos, sino que también constituye una nueva filosofía de la historia cuyo *telos* no está ubicado en el futuro sino en el presente, porque el futuro nos ha alcanzado en nuestro mundo contemporáneo, ha subsumido el pasado en la inmediatez del mercado, y ahora el presente constituye la única instancia temporal que necesita ser considerada tanto para la acción colectiva como para la individual (en otras palabras, como ha indicado Habermas, la globalización ha cancelado el futuro). De manera simultánea a esta fusión de los tiempos, las dimensiones espaciales (geo-culturales) también han convergido y se han fusionado dando origen a nuevas categorías. Néstor García Canclini (y Robertson) han usado el término *glocalización* para desarrollar la idea de que la globalización no es sólo *la proyección de lo local* sino también *la aculturación de lo global*. Asimismo, García Canclini ha propuesto que dentro de este contexto, los elementos pre-modernos y tradicionales pueden realmente constituir un disfraz (una investidura, una plataforma simbólica, si se quiere) que permita la apropiación y la articulación de proyectos transnacionales. Por este motivo, él considera que la hibridez, un aspecto conceptualmente importante en las culturas latinoamericanas, es una de las estrategias en juego en el contexto de una modernidad ya globalizada.

Sin lugar a dudas, los procesos de globalización no sólo interconectan sino que, en diferentes niveles, condicionan —de un modo más

o menos mediado— los desarrollos locales. Desde mi perspectiva, lo que están haciendo los procesos latinoamericanos actuales (los movimientos sociales, los regímenes populistas y los de centro izquierda) es redefinir las mediaciones entre lo local y lo global, mediante el fortalecimiento de vastos sectores de la sociedad a través de un reentrenamiento político que explora nuevas formas de involucrar a esos sectores en la democracia participativa. Dejando de lado logros particulares, la ola de movimientos que estamos viendo en acción en la región latinoamericana han logrado al menos constituir un espacio material y simbólico —una plataforma política ideológica transnacional— que pueda ser instrumental en la definición de agendas locales y regionales que a su vez permitan ubicar a América Latina en una mejor posición en sus relaciones con el *hegemon* del Norte.

Es interesante notar los cambios que se han ido produciendo en los discursos diplomáticos en los Estados Unidos con respecto a América Latina. La «Diplomacia transformacional», iniciativa de Condoleezza Rice, propone cambios para el siglo XXI que consideran la necesidad de tener una «máquina de políticas globalmente orientada» (a «*globally-oriented policy machine*») que ella define —y cito— como un proyecto para trabajar «con nuestros muchos *partners* a nivel mundial para construir y sostener estados democráticos bien gobernados que respondan a las necesidades de los pueblos y se conduzcan responsablemente en el sistema internacional» (COHA, «Condi Rice's Transformational Diplomacy»). A pesar del hecho de que desde un comienzo la administración de Bush favoreció la militarización sobre la diplomacia, según Rice, esta política «transformacional» «es una estrategia basada en el compañerismo, no es el paternalismo» («*is a strategy rooted in partnership, not paternalism*»), algo que ha sido replicado por otras voces en el mundo diplomático con respecto a Latinoamérica. Algunos observadores políticos han recomendado un «*hands-off approach*», e insisten en que como la región ya no es un área de interés para los Estados Unidos, como lo fuera durante el período la Guerra Fría, las estrategias hacia los países latinoamericanos deberían cambiar radicalmente. Muchos están a favor de la idea de esperar cautelosamente hasta que los movimientos de la «*marea rosa*» disminuyan su intensidad, debido tanto a presiones internas como externas. Algunos también creen que como finalmente tienden a prevalecer los intereses nacionales, las conexiones internacionales y transnacionales entre los países de América Latina

(acuerdos de comercio, pactos financieros y económicos, colaboración en la explotación de recursos naturales, etc.), no van a disfrutar de una vida sana y duradera.

Entre tanto, las sociedades latinoamericanas, particularmente aquellas que actualmente viven gobernadas por regímenes que fomentan la participación popular, son cautamente optimistas con respecto a asuntos tales como la justicia social, el mejoramiento de servicios primarios, el control de la inflación, de la violencia y el crimen, y, en general, la restauración de la dignidad nacional, algo que muchas veces se traduce en una bien conocida retórica anti—imperialista que se aplica tanto a nivel financiero como político y cultural y que, no por azar, perdura en la región hasta hoy en día. Muy pocos defienden la idea de que la globalización pueda ser detenida, y aún menos creen realmente que ésta constituya la panacea para los problemas endémicos económicos, sociales y políticos de Latinoamérica. Asimismo, muchos están de acuerdo con que así como el capitalismo y la modernización crearon las condiciones necesarias para el advenimiento e implementación del imperialismo, la globalización fomentará una rearticulación de la hegemonía e introducirá, especialmente en las periferias del capitalismo tardío, nuevas formas de explotación y marginación. Los movimientos de la «marea rosa» y el resurgimiento de los regímenes populistas en América Latina (que a menudo van de la mano con la demagogia política) son la respuesta regional más reciente a algunos de estos desafíos. Ellos constituyen un escenario—un laboratorio político e ideológico— que tiene efectos culturales y sociales que a su vez impactan a las producciones discursivas y simbólicas de múltiples maneras, tema que debería dar lugar a un estudio específico.

OBRAS CITADAS

- ARDITI, Benjamín. «Una gramática postmoderna para pensar lo social». *Cultura, política y democratización*. Ed. Norbert Lechner. Santiago de Chile: FLACSO/CLACSO/ICI, 1987, pp. 169-87.
- BALLVÉ, Teo y Vijay PRASHAD. *Dispatches from Latin America. Experiments Against Neoliberalism*. New Delhi: Left Word Books, 2006.
- BARLETT, Sean. «The Organization of American States: On its Deathbed?», COHA, October 19, 2007.

- BARTRA, Roger. «Populismo y democracia en América Latina». *Letras libres*, 4 de abril, 2008.
- BHABHA, Homi. «Dissemi-Nation, Time, Narrative, and the Margins of the Modern Nation». *The Location of Culture*. London/New York: Routledge, 1992, pp. 56-68.
- BURNS, Larry. «Hemispheric Echoes: The Reverberations of Latin American Populism». *The Harvard International Review*, August 31, 2007.
- CÁRDENAS M., Miguel Ángel. «Touraine critica regímenes nocivos como el de Chávez». *El Comercio*, 2 de mayo, 2008.
- Council On Hemispheric Affairs COHA. «Latin America's Process of Economic and Social Stabilization». September 27, 2007.
- «Condi Rice's "Transformational Diplomacy" and Other Fancy Talk». <<http://www.politicalaffairs.net/article/view/5667/1/275>>.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México, D.F.: Grijalbo, 1990.
- GRUBEN, William C. «Are there Really Political Shifts Toward Populism in Latin America? A Look at Latin America's Seven Largest Countries». COHA, August 14, 2007.
- GWYNNE, Robert y Cristobal KAY. *Latin America Transformed. Globalization and Modernity*. New York: Oxford University Press, 1999.
- HOBBSBAWM, Eric. *Nation and Nationalism since 1780. Program, Myth, Reality*. Cambridge/New York: Cambridge University Press, 1992.
- LACLAU, Ernesto. *On Populist Reason*. London/New York: Verso, 2005.
- LEVITSKY, Steven. «Not the Populism of Yesteryear. An Interview with Professor Steven Levitsky». COHA, June 22, 2007.
- MORAÑA, Mabel. «Identidad y nación: ¿más de lo mismo?». *Crítica impura*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2004, pp. 325-232. [Reprinted as: «Identity and Nation: More of the Same?». *Journal of Latin American Cultural Studies* 14.1 (March 2005): 109-115.]
- MOUFFE, Chantal. *The Return of the Political (Radical Thinkers)*. London: Verso, 2006.
- OXHORN, Philip D. and Graciela DUCATENZEILER. *What Kind of Democracy What Kind of Market? Latin America in the Age of Neoliberalism*. University Park, PA: Pennsylvania State University Press, 1998.
- PETRAS, James. «Present Situation in Latin America», 2003, <<http://www.rebellion.org/petras/English/petras03O6l1.htm>>.
- ROBERTSON, Roland. «Glocalization. Time-Space and Homogeneity-Heterogeneity». *Global Modernities*. Eds. Mike Featherstone, Scott M. Lash y Roland Robertson. London: Sage, 1995.

- SARLO, Beatriz. «Cultural Studies: Reworking the Nation, Revisiting Identity». *Journal of Latin American Cultural Studies* 11.3 (December 2002): 333-342.
- DE SOUZA SANTOS, Boaventura. «Las tensiones de la modernidad». *Foro Social Mundial. Porto Alegre. Otro mundo es posible*, <<http://lolapress.org/artspanish/souza18.htm>>. [Barcelona: El viejo topo, 2002, pp. 163-198.]
- WILLIAMS, Raymond. *Culture and Society. 1780-1950*. New York: Columbia University Press, 1963 [1958] .